

DE LA INVISIBILIDAD A LA LUZ. VIDAS PARADÓJICAS EN UN ESCENARIO DE CONFLICTO.

ALEJANDRO GARCÍA.
Universidad de Murcia

ABSTRACT.

A partir de los años cincuenta, la región del Magdalena medio (Colombia), va a vivir unas circunstancias tan específicas que dotarán a sus gentes de mecanismos para dar solución a una serie de conflictos vitales en las que se vieron envueltos. Serán sus voces las que suenen y nos conduzcan, a través de sus historias personales, al escenario más amplio de su región y de su país. Las experiencias humanas que por aquí van a desfilar podrían considerarse como "vidas en el extremo". Existencias marcadas por el sufrimiento, la violencia extrema, el miedo en suma, pero también por la generosidad y la voluntad de vivir con dignidad.

From the fifties on, the region of middle Magdalena (Colombia), is going to live some specific circumstances that will provide their people with mechanisms in order to resolve a chain of vital conflicts they were involved in. Their voices will sound and will lead us, through their personal stories, to the widest scene in their region and country. The human experiences that will be exposed here can be considered as "lives in strait". They will be existences marked by suffering, extreme violence, frightness in short, but also by generousness and the wish of living with dignity.

APROXIMACIÓN

En las próximas páginas cederemos la palabra, su palabra, a los protagonistas esenciales de esta historia.

La historia que se va a contar transcurre en Colombia, concretamente en la región central del país, hasta hace unas décadas inexplorada y selvática, conocida como el Magdalena Medio. La secuencia temporal arranca en los años cincuenta para concluir (o mejor dicho, continuar), en nuestros días. Desde luego son miles las personas que han intervenido, directa o indirectamente, en los hechos que aquí se cuentan, y varias docenas las que aparecen explícitamente en la narración, pero la trama de las siguientes páginas está vinculada muy especialmente a dos de sus protagonistas: Manuel Serna y Juan Roy. De hecho serán ambas voces las que suenen y nos conduzcan, a través de sus historias personales, al escenario más amplio de su región y

de su país. Las experiencias humanas que por aquí van a desfilar podrían considerarse como "vidas en el extremo". Existencias marcadas por el sufrimiento, la violencia extrema, el miedo en suma, pero también por la generosidad y la voluntad de vivir con dignidad.

El Magdalena Medio fue considerado durante treinta años (1960-1990) una región extremadamente violenta incluso para los parámetros colombianos. Comenzó a ser ocupada a partir de los años cincuenta por campesinos que huían de sus regiones de origen, debido a la violencia y la pobreza, y se internaban en las sevas para colonizarlas y sobrevivir en ellas. Alejados de los centros urbanos y abandonados por la administración política de Bogotá, estos colonos pioneros fueron modelando con los años un espacio social marcado por ciertas reglas de supervivencia y relación de grupo. La aparición en la zona de la guerrilla FARC vino a llenar el vacío de poder y proporcionar protección física y ejercicio de justicia ante los conflictos civiles de la comunidad campesina. Con los años, el aparato guerrillero echó raíces y fructificó en esta población abandonada, que además les proporcionó a sus hijos para que engrosaran los contingentes armados. En la década del setenta, se anudan una serie de efectos que van a disparar el conflicto político y los índices de violencia: el ejército pretende desalojar a las FARC dirigiendo hacia el campesinado el grueso de la represión, la guerrilla crece enormemente como consecuencia de la huida campesina ante el ejército y se transforma en una maquinaria cara de mantener (aumenta la presión recaudatoria) y arbitraria en su comportamiento, los ganaderos prósperos que son sometidos a extorsión por las FARC crean pelotones de mercenarios paramilitares y ponen en marcha una feroz guerra sucia que ocasiona cientos de víctimas civiles. A principios de los ochenta entra en escena un nuevo actor extremadamente sangriento: las mafias del narcotráfico. Estos adquieren tierras en la región, se convierten en ganaderos y ponen sus capitales y hombres al servicio del paramilitarismo en guerra contra la guerrilla y la población civil que la apoya.

A lo largo de esta "guerra sucia", extremadamente sangrienta, hubo miles de muertos en la región, la inmensa mayoría campesinos. Por una parte se apoderó de las FARC la paranoia del enemigo infiltrado y se multiplicaron las "ejecuciones ejemplares de delatores". Por otra, la ciudad de Puerto Boyacá se convierte en bastión del paramilitarismo (manipulado por la XIV División del ejército asentada en Puerto Berrío) y exporta a todos los rincones de la región una verdadera guerra de exterminio, en la que arbitrariedad y crueldad van al unísono.

En mayo de 1987 tuvo lugar un hecho sin precedentes. Varios miles de campesinos del área del Carare, justo en el epicentro más denso de la violencia, allí donde debido a la guerra contra las FARC el genocidio se venía cobrando más víctimas, se apiñan en torno a una docena de personas y declaran su voluntad de no colaborar con ninguno de los bandos en disputa y su disposición a inmolarse antes que empuñar un arma. Este sorprendente pacifismo activo de honda raíz civil, rompía con años de rutinización de la violencia y con la aciaga cadena que retroalimentaba el

conflicto. El centro de la estrategia de paz fue el pueblo de La India, situado en las riberas del río Carare. Aquí se constituyó la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare (ATCC) y desde aquí se propagó a toda la región del Magdalena Medio esta iniciativa pacifista de neta raíz campesina¹.

Manuel Serna y Juan Roy fueron, cada uno desde posiciones distintas, actores destacados en este proceso. Pero más importante aún es que sus vidas encarnan en singular el hecho plural de la historia de la región. Son existencias marcadas por las condiciones históricas del entorno. En ese sentido pueden ser consideradas como “genuino producto de la tierra”. En la medida en que ambos son campesinos, gentes humildes del común, sus vidas como las de tantos otros transcurrieron en la invisibilidad y el silencio.

Resulta, pues, anómalo, no habitual, el que en las próximas páginas sean ellos los que gobiernen el curso de la narración y los que marquen el ritmo de esta historia. Lo es más, si tenemos en cuenta que la violencia en Colombia ha sido reiteradamente analizada y concretamente el Magdalena Medio fue un escenario de conflicto sobre-diagnosticado por historiadores, politólogos y analistas en general². Pero la metodología con que ha operado el análisis social, quizá por su irredento formalismo académico, ha atendido más a categorizaciones genéricas (ideología, instituciones, estrategias de guerra, aparatos judiciales y punitivos) que al encuentro cara a cara con el sujeto, es decir con el ser humano concreto. Quizá esa despampanante ausencia del sujeto en la práctica totalidad del ensayismo académico sobre la violencia en Colombia (y por supuesto en el Magdalena Medio) nos explique la siguiente paradoja: la mayor masa de diagnósis coincide con los periodos más sangrientos, o dicho de otro modo, la investigación tradicional sobre la violencia no ha contribuido a erradicarla, sino al contrario.

Por tanto, situar el enfoque de la historia desde la mirada del sujeto, más allá del valor heurístico que pueda entrañar, nos proporciona una aproximación más profunda y cabal a los entresijos de toda trama histórica. Nos brinda, a historiadores y cronistas, miradas más certeras, nos resta arrogancia y nos inyecta humildad, en definitiva nos acerca a la raíz de las cosas, que es siempre el requisito para toda obra que quiera “ayudar” a resolver problemas. Más dramáticamente en este caso, donde lo que está en juego es la guerra o la paz, la vida o la muerte.

Las vidas de Juan Roy y de Manuel Serna han transcurrido por caminos distintos,

¹ La crónica del proceso de paz en la región del Carare, así como los antecedentes históricos, son tratados ampliamente en Alejandro García *Hijos de la Violencia. Campesinos de Colombia sobreviven a “golpes” de paz*. Los Libros de la Catarata, Madrid 1996.

² Varios cientos de investigadores colombianos han dedicado su trabajo al estudio de la violencia (en la jerga son conocidos como “violentólogos”). En 1989 un equipo del Cinep, Bogotá, contabilizó hasta esa fecha la publicación de 1.807 títulos sobre la violencia (Véase *Documentos Ocasionales 55. Para un estudio de la violencia en Colombia. Bibliografía*)

que en ocasiones se han encontrado. Cuando esto ha ocurrido lo ha sido en toda su tensión, unas veces, al principio, en aguda contradicción, otras, al final, en complementariedad positiva. Al anudar en esta historia sus destinos, se ha querido proponer un repertorio de paradojas, que nos remiten a principios como el de la incertidumbre o simplemente el de la relación causalidad/casualidad. Lo que ambos personajes tienen en común es, en primer lugar, el de su propia supervivencia. Ello es un éxito en el escenario de guerra que les tocó vivir, sobre todo por la manera "tan implicada" con que actuaron socialmente. Pero los une, además, el estilo personal con que afrontaron su existencia, y este no fue otro que la sinceridad y transparencia con que interactuaron hacia los demás. Si la violencia se alimenta de la alienación, es decir de la falsa verdad y de la banalidad, sus vidas son ejemplares en tanto que "antídotos estratégicos". Finalmente ambos han ido aprendiendo intensamente de sus propias experiencias. Esta es la clave que explica la longevidad en un escenario donde generalmente no hay lugar para un segundo error.

UN INTENSO APRENDIZAJE

Manuel Serna nació en En Cisneros, Antioquía, el año 1937. Era un periodo en el que se estaban gestando las fracturas políticas que asolaron el país a partir de 1948. Por el momento en este pueblo de Antioquía vivían en cierta concordia liberales y conservadores. Desde abril de 1948, como en el resto de la Colombia rural, las relaciones se agriaron. El padre de Manuel, Eliezer Luna, de filiación liberal vivió sorteando durante 5 años el peligro de ser asesinado a manos de los conservadores. Aunque era un hombre pacífico y honesto que jamás había empuñado un arma tenía adversarios personales que lo malquerían y esperaban el momento para matarlo. Durante esos años de zozobra la relación de Eliezer con su hijo Manuel fueron especialmente cercanas e intensas. Fue su mentor, su maestro.

A Manuel, la extrema tensión de su infancia le abrió los ojos a la vida desde muy pequeño. De su padre, al que quiso mucho, le quedaría registrado en la memoria un repertorio, limitado pero intenso, de consejos y actitudes que le sirvieron de manual de supervivencia cuando fue joven y en la madurez de referente ético.

Decir la verdad y no tener nunca miedo. Respetar y no menospreciar pero no temer a nadie

En esos años de intensa inseguridad, en los que predominaba el miedo y la cautela, el padre le transmitió muy valiosos consejos sobre cómo comportarse en la vida y cómo afrontar los peligros. Manuel nunca los olvidaría.

"Mi relación con él no fue solamente como padre, sino como si hubiera sido un amigo, él me tenía muchísima confianza y entonces él me aconsejaba mucho, me enseñó muchas cosas, me abrió los ojos a la vida, al comportamiento que yo debía de tener. Me daba muchos consejos, me hacía ver las cosas, me explicaba muchos detalles que para mí pues fueron importantes toda la vida, aún hasta ahora, a pesar de tantos años, yo conservo mucho los consejos que él me daba. Me decía que uno tenía que ir

siempre con la verdad, dejarse incluso matar por ella, también que había que respetar mucho a todo el mundo, ser muy respetuoso con todo el mundo pero no tenerle miedo a nadie. Ser muy respetuoso con todo el mundo, porque no hay enemigo pequeño, pero que eso sí, que lo que no se le podía era tener miedo a nadie, porque uno, cuando ya le tocaba enfrentar al enemigo, no podía tenerle miedo, porque si ya estaba declarado como enemigo, si uno le demostraba miedo más fácilmente lo asesinaba.

Los amigos conservadores de Eliezer lo protegieron durante varios años de quienes querían acabar con su vida. Pero finalmente en 1953 fue asesinado. Para el joven Manuel la muerte de su padre fue un trago duro.

Su muerte me dió muy duro, no solamente porque lo hubieran matado, sino por la calidad de ser humano con el que habían acabado. Sentí un gran deseo de cobrar venganza. Como ya en ese entonces yo tenía mucha familia y muchos amigos en la guerrilla liberal ellos lucharon mucho para que yo entrara a las guerrillas también. Yo venía de una familia muy valiente y muchas veces me llegaron a decir que viniendo de la raza que venía, yo no podía quedarme tranquilamente trabajando por ahí, voleando machete, que eso era imposible, que yo tenía también que ingresar a las filas, que yo venía de una raza de hombres muy valientes y mi trabajo dentro de las guerrillas sería muy importante. Pero resulta que el deseo de cobrar venganza que yo tenía no era engruesar unas filas y formarme como un asesino más, nunca me nació esa voluntad. Tuve oportunidad de conocer directamente la guerrilla, me dieron a conocer parte de su filosofía y me di de cuenta que uno tenía que ir allá era a cumplir órdenes, no a actuar en la forma que uno pensara, sino que tenía que acatar el pensamiento de los demás. Entonces eso es lo que no fue placentero para mí, no fue satisfactorio. Lo único que analizaba según lo que yo conversaba con ellos es que estaban dedicados a cobrar una venganza. Venganza o defenderse, una de dos, defenderse para que no los mataran por el hecho de ser liberales y atacar el enemigo porque les había matado mucha familia. Pero nunca conocí en ese entonces una dirección política.

En ese entonces yo buscaba la manera de cobrar una venganza, sí, pero en una forma sana, tratando de buscar que nosotros también tuviéramos derecho a opinar y de dar conceptos, que por el hecho de ser liberales no fuéramos vistos como asesinos o como pícaros, como mala gente.

Para escapar de las presiones, y también buscando un trabajo que le permitiera mantener a su familia, Manuel se echó a vagar por las selvas del Magdalena Medio, en ese tiempo en plena colonización. Ejerció varios oficios, siempre relacionados con la tierra, y adquirió una experiencia de trabajo variada que acabó convirtiéndolo en un cualificado operario agrícola. “Yo ya había aprendido a alambrar, sabía ordeñar, podía trabajar en la arriería manejando mulas, sabía coger maíz, bueno, sabía trabajar con una rubla, sabía sembrar, sabía coger arroz. Aprendí todos estos trabajos en los tiempos en los que estuve en Puerto Nare, Canteras, Cocorná y otros lugares”

En esa época Manuel tuvo una revelación, se dio cuenta que “en lo adelante cada uno tendría que vivir con los suyos”, con gentes de su misma filiación política. Estaba ya en marcha una guerra feroz entre liberales y conservadores, auténtica “limpieza étnica” que ensangrentó Colombia durante más de diez años, que originó desarraigos y estimuló emigraciones hacia nuevos territorios que estaban siendo ocupados por gentes que huían de las mismas condiciones.

En Cocorná fui a dar a una finca donde había un grupo de guerrilleros que eran conservadores y bueno, ya fue afortunadamente que yo me pude defender de que no me mataran ahí, porque después de que caí en manos del comandante de ese grupo de cuatrocientos hombres que eran, entonces él se puso a investigarme y a preguntarme mi color político y yo le dije toda la pura realidad, yo no le negué absolutamente nada, nada, nada y entonces el hombre pues complacido de ver que no, que no le demostré una intención maliciosa, sino que le declaré solamente la realidad de lo que yo era, entonces me dijo el hombre:

-Eso te sirvió para que salgás de aquí con vida, porque liberal que dentre a esta tierra se muere y yo conozco tu pueblo, conozco Cisneros y por ver que vos me estás tratando la pura realidad, eso te va a servir para que salgás con vida hoy de aquí.

Fue una lección que yo la aplico en todo momento hasta el día de hoy y esa experiencia me enseñó que uno debe de hacerse matar por la verdad, antes que mentir.

A ese comandante lo llamaban Eduardo. En vista de que no le había mentido me dió la oportunidad de que me fuera. me dijo:

-Hoy mismo se va porque si se queda aquí en esta finca, mañana no amanece vivo.

Me dijo que de aquí en lo adelante tendría que buscar un territorio donde la gente fueran de mi misma política, que dejara de soñar que en toda parte iba a poder vivir como me había levantado en Cisneros donde convivíamos liberales y conservadores juntos, que en lo adelante aprendiera a buscar los grupos que me correspondiera.

Aprendida la lección, se dirigió a la selvática región de Puerto Boyacá, que en ese entonces estaba casi vacía, aunque ya empezaba a ser ocupada por colonos liberales en huida.

A esta zona llegaba mucho personal de todas partes, se encontraba una gente de todos los lugares. Venían a emplearse en las fincas o a colonizar. Aunque se trabajaba muy rudimentariamente, sin ninguna máquina, se cosechaba por grandes cantidades. Era una tierra muy buena. La mayor parte territorios vírgenes aunque ya había pequeñas aberturas, pequeños descumbrados. Era una belleza de terreno, explanadas inmensas con muy buenas aguas, esa era su gran ventaja. Alguno que otro colono ya tenía unas tierras bonitas, pero la mayor parte eran colonos abriendo claros. Algunos de ellos abandonaron sus abiertos porque les ofrecieron muy buena plata, pero hubo gente que tuvo la visión de lo rico que era este territorio y compró a otros sus fincas.

Trabaje con varios patronos. Todos me trataron bien y con el tiempo me fueron teniendo confianza por el rendimiento de mi trabajo. Nadie me preguntó que color político tenía yo, aunque siempre veía que a las fincas llegaban hombres armados, eran las guerrillas liberales.

En cuanto a la cuestión monetaria, se ganaba muy buena plata y en cuanto a la violencia, ahí el que fuera liberal y no tuviera ninguna clase de vicio, vivía a las mil maravillas, las guerrillas que había no le hacían daño a nadie, ellos tenían una posición muy clara sobre sus propósitos, que eran solamente atacar al enemigo. Entonces no se luchaba todavía por un ideal social ni por tratar de alcanzar el poder, sino por simple sobrevivencia.

CON CAUTELA Y APRENDIENDO

Tras varios años de vida en común, los colonos vecinos fueron descubriendo en Manuel cualidades personales que inducían a confiarse en él y a considerarlo un líder honesto en el grupo.

A principios de los sesenta la región del Magdalena Medio vivía al margen del país y de sus instituciones políticas. Era un reducto aislado, ocupado en su mayor parte por liberales perseguidos y por campesinos en busca de tierras, llegados de todos los rincones de Colombia. Como escenario político reunía las condiciones requeridas por los grupos de la izquierda armada para echar raíces, reclutar y consolidar focos de expansión guerrillera.

Manuel, como el resto de los campesinos, mantuvo relación con estos nuevos grupos. Y vivió experiencias que le reportarían gran aprendizaje. Especialmente un episodio al que considera clave por sus enseñanzas: sobrevivir en esta región requeriría en el futuro sentido de la anticipación y cautela (“He tenido la fortuna de aprender siempre de las lecciones que me ha brindado la vida”)

Corría el año 1964 y yo tenía unos 27 años. Vivía en un caserío que se llama El Veinticinco de Dos Hermanos³. Ahí habitábamos unas 30 familias, aunque el caserío era centro de una región donde había mucho personal. Un día se nos apareció un político que venía de Puerto Boyacá con el propósito de crear una organización política⁴. La idea del hombre era establecer un grupo de personas organizadas, para que trabajaran, echaran cosechas comunitariamente, con el fin de aprevenirnos, porque él analizaba que iba a venir próximamente una violencia muy horrible, en la que iba a haber mucha persecución. Desde luego el hombre estaba enterado porque la violencia

³ En el Magdalena una buena parte de los nombres de las aldeas y asentamientos se derivan de la numeración con que las compañías petroleras identificaban sus pozos.

⁴ Se trataba del Moece (Movimiento Obrero Estudiantil y Campesino), organización de la izquierda radical fundada en 1963 por Federico Arango bajo el influjo del foquismo guerrillero de matriz cubana.

sí que la vimos al poco tiempo. Pero lo que él quería era comprometernos a nosotros los campesinos, enseñarnos a hacer las cosas, que nosotros las hicieramos y él quedar descartado, aparecer sin responsabilidad en el trabajo. Yo me comprometí con ellos colaborándoles con dos días de trabajo semanales. Se trataba de trabajar con el fin de recolectar fondos para que la organización tuviera suficiente capacidad de movilizarse y aún hasta para comprar armas, porque, como nos decía que iba a venir una época bastante dura, nos iba a tocar armarnos.

En este trabajo de organización los que venían de Puerto Boyacá comenzaron a tomar fotografías de cada uno y uno tenía que escribir su nombre en un libro. Pero resulta que yo fui totalmente negativo a ésta posición, a dejarme tomar fotografías y a firmar con mi nombre. Yo les decía que para colaborarles en lo que era necesario no había necesidad de escribir mi nombre en un libro. Cuando tomaban fotografías, yo siempre me salía del grupo y me sentaba a un lado, advirtiéndoles que en el momento que me tomaran una fotografía dejaban de contar con mi colaboración, que de ahí en lo adelante no les ayudaría más. Desde ese momento ellos comenzaron a disgustarse conmigo, la gente me preguntaba que dónde analizaba yo el peligro para no dejarme tomar fotografías. La situación siguió así hasta que ya teníamos recolectados unos buenos fondos.

Un día apareció ese señor y nos convocó a una reunión con el fin de elegir los líderes del grupo. Los líderes elegidos se tendrían que encargar de firmar un documento y pedir la descarceración de los presos políticos que había en el país. En ese momento vi la gran tontería de lo que se estaba haciendo, analicé que era una tontería muy grande y ya encomencé a ver que no era nada conveniente para nosotros.

Cuando llegó la hora de la elección habíamos dos personas propuestas, un señor que por nombre lo llamaban Domingo Tolima (él sí era tolimense pero su nombre legítimo no lo conocí, la gente se ocultaba de dar su propio nombre) y mi persona. Resulta que hubieron 35 votos por mí y 25 por Domingo Tolima. Por lo tanto era a mí a quien correspondía liderar la comunidad. Como líder, yo tendría que escribirle al gobierno pidiendo la descarceración de los presos políticos.

Ese día se presentó una grande polémica, bastante grande, porque había algunos que estaban muy, en demasiado, aterrados del rumbo de esa organización. Entonces yo le hice una aclaración al público en presencia del tipo:

-¿Cómo es posible que si estos señores tienen una grande oficina allá en Puerto Boyacá, vienen a tratar de conquistar una comunidad aquí para que haga ese trabajo?. Los líderes deben de ser indispensablemente ellos y no un pobre campesino montañero como nosotros. ¿Por qué no lo hacen ellos a nivel de su oficina? ¿Por qué ellos descartan esa posibilidad y se vienen aquí a conseguir tontos para que metan las narices en semejante problema?. A la hora de la verdad, cuando venga la "carabinera" y se de cuenta de este caso, él estará libre, pero los que quedaremos embarcados seremos nosotros. Ahora lo encomienzo a entender: lo que usted viene es a hacer embarcar a la gente, meterla en un problema y usted queda limpiecito. Háganlo

ustedes, quítense de encima esa idea de querer comprometer a los campesinos, de abusar de su ignorancia.

Resulta pues, que contra mí hubo personas que se enojaron, sobre todo unas mujeres me decían que yo era un "negro flojo".

-Lo que le pasa es que usted es un negro flojo y le da miedo enfrentar esta situación.

-De pronto no es que sea tanto un negro flojo, sino que pienso en el día de mañana, no pienso tanto en hoy sino en mañana. Y si esto llega hasta este extremo, hasta hoy los acompaño y a partir de ahora me desvinculo de ustedes. Tengan en cuenta el problema que va haber aquí por causa de esta organización. Aquí va a haber un problema grave y se van a convencer ustedes muy pronto de la gravedad de este problema.

A la más gritona, a la que más me insultaba le dije:

-Y usted doña María, lo que es, es muy bocona. Pero que no la vaya yo a ver por ahí de noche huyendo, trillando rastrojos con las narices, porque se irá a acordar de este negro flojo.

Entonces le dijeron a Domingo que puesto que yo era tan nervioso y no quería tomar la responsabilidad, que cogiera él ese cargo. El dijo que mucho menos lo cogía él, porque ahora entendía con mucha claridad la aclaración que yo estaba haciendo, que lo hicieran ellos, los forasteros, personalmente.

A partir de ahí hubo una gran polémica y nos encontramos con un problema bastante cochino. En ese tiempo la gente era muy rebelde y se acostumbraba mucho a solucionar los problemas por la vía de las armas, había un clima de mucha violencia y el personal estaba muy aferrado a arreglar las cosas a tiros. A Domingo y a mi persona, que nos retiramos indispensablemente de ahí, nos tocó armarnos y cuidarnos con el fin de que no nos fueran a atacar, porque al fin y al cabo eran cuestiones muy delicadas, se trataba de organizaciones de izquierda, de extrema izquierda. Analizamos que podía haber mucho peligro para nosotros dos, y nos tocó armarnos y cuidarnos de noche para que no nos fueran a matar.

Nosotros nos despreocupamos ya de esa organización. Y sí señor, no demoró un par de meses para que la carabinera se enterara de esta organización clandestina que había en el Veinticinco de Dos Hermanos y allá cayera. Les llegaron a las nueve de la noche y los cogieron reunidos. Algunos lograron escapar tirándose al monte, y sí, preciso, a Doña María, a la bocona que me llamaba "negro flojo", le tocó tirarse a una laguna profunda, una laguna que estaba llena de monte y ahí le tocó amanecer desnuda del todo, sin ropa. A los que cogieron los llevaron a la cabecera municipal, en ese tiempo era El Socorro, y hubo quien pagó hasta dos años de cárcel.

Esta experiencia es un ejemplo que yo relaciono con el trabajo que hemos llevado en la región durante tantos años. El que uno sea analista de las cosas es muy importante. Yo me escapé de haber sido apresado, o de haber tenido que abandonar la región, por analizar, por pensar en el día de mañana. Eso me ha defendido y gracias a

Dios he comprobado el gran resultado que me ha dado en la vida. Para tomar decisiones hay que analizar primero las cosas, averiguar si los acontecimientos están a favor de nosotros, o por el contrario están en contra de nuestro trabajo. Me llena de satisfacción el haber podido entender esas cosas con tiempo.

MILITANCIA Y “ANOMALÍAS”

Los hechos acaecidos en el Veinticinco convenció a Manuel Serna de que tenía que abandonar este territorio ya “quemado”. Como buen colono en selvas, inquieto e itinerante, recogió sus bártulos y se trasladó mas al interior, a la zona de San Fernando. Aquí, abriéndose de nuevo espacio, insertándose entre otras gentes se dispuso a reorganizar su vida, se casó y comenzaron a llegar las tres hijas de su matrimonio. En este nuevo hogar viviría los siguientes 15 años. Manuel siempre ha considerado muy importante en su vida el largo periodo de San Fernando. Según él se hizo un hombre política y humanamente “mas constituido”, mas maduro. Fue la época, además, en la que entró en contacto con las Farc, la guerrilla fundada oficialmente en 1966 (aunque constituida a partir de núcleos guerrilleros que operaban en el sur de Colombia desde hacía 15 años) y que en ese momento se expandía a todos los confines del país. En cuatro años las Farc completaron la ocupación de la región y a principios de los 70 ejercían el poder real en el Magdalena.

Manuel Serna fue uno de los miles de campesinos que se sintió atraído por la propuesta de estos nuevos insurgentes. Al principio, como ya era su norma, escuchó, analizó y sopesó, conoció a los profetas de la buena nueva y tuvo ocasión de calibrarlos y juzgar sus acciones. Con el tiempo se integró en el “universo Farc” y se convirtió en uno de sus mas cualificados colaboradores civiles. Aunque desde el principio, Manuel dejó claro que su adhesión era producto de la convergencia en lo esencial entre él y la guerrilla y no de aceptación acrítica de doctrina. El ideario comunista, en su versión dura, no era lo que lo unía a las farc (“quitar a unos para dárselo a otros”) sino la búsqueda de la igualdad de oportunidades y la relación personal con líderes guerrilleros a los que él apreció mucho

Cuando encomencé a conocer su filosofía vi que estaba de acuerdo con lo que yo venía buscando desde hacía tiempo, y vi la posibilidad de realizar lo que desde tantos años yo estaba deseando, que era el derecho a la igualdad. Pero no ese cuento de que iban a quitar la plata a los ricos para dársela a los pobres, de quitarle al otro lo que era de él para dármelo a mi. La igualdad que yo reclamaba no era en dinero sino en conquistar los mismos derechos para todas las personas.

Mi trabajo consistió en cumplirle misiones a la guerrilla, no como simple mandadero, no, ni como persona directamente vinculada a ellos, sino trabajando en las organizaciones campesinas vinculadas a las Farc.

Yo desarrollé la mayor parte de mi trabajo conversando, haciéndoles llegar a las gentes las metas de lo que nos proponíamos. Insistiendo en que si queríamos llegar a

alguna parte tendríamos que actuar con mucha honestidad. Y esto no se dirigía sólo a los que bregábamos en politizar, sino también para la gente que ya formaba parte del grupo. Siempre pensé que si uno quería llegar lejos habría de tener una actitud muy honesta, ser muy prudente, no atacar a la gente, no acosarlos, no cansarlos.

Generalmente mi trabajo ha sido el de intermediador, mediador en los problemas, ayudando a solucionar toda clase de conflictos que se presentaban, como en la parte matrimonial, en los de linderos, o en problemas entre vecinos. Donde había problemas, de cualquier índole que se fuera, siempre me llamaban a mí para solucionarlos. Yo actuaba como conciliador. Esta forma de trabajar me ha proporcionado una gran fuerza, me ha obligado a dialogar con los diferentes grupos. No es un tipo de trabajo que se hace por casualidad, sino que es fruto de la práctica, del aprendizaje.

Esta actividad era muy peligrosa, uno sabía que se estaba jugando la vida. Pero como yo no era arrastrado por nadie, sino que lo hacía con plena voluntad, acabaría teniendo éxito y consiguiendo el triunfo. Me queda el recuerdo de que toda organización donde actué creció con mucho éxito. Mi actividad era un trabajo transparente, desinteresado y muy decidido, siempre dispuesto a llegar a donde fuera. 20, 30, 40 horas de camino me importaban lo mismo.

Incluso hoy día, después de tantos años, volver a San Fernando, donde tantas gentes están vinculadas a las autodefensas, no se me hace tan difícil, a pesar de las diferencias de ideas que tengo con ellos. Ellos me conocieron antes y saben que yo no soy fácil de ingresar a ninguna organización, que yo tenía ese poder para decir no cuando no estaba de acuerdo, aunque en eso peligrara mi vida.

Serna fue haciéndose un personaje clave en el entramado civil de la guerrilla siempre desde su papel civil. Empuñar las armas fue el límite que impuso a su compromiso con las Farc (“si me obligan a manejar armas, hasta aquí los acompaño”). De la eficacia en su trabajo y del aprecio con que se lo trataba en las Farc da fe la extrema confianza que le tenían las Farc hasta el punto de concederle un salvoconducto permanente para entrar a los campamentos, participar en reuniones de cuadros, o en las conferencias internacionales que patrocinadas por las Farc tenían lugar en “las montañas de Colombia”.

En esa época me movía mucho, las Farc me llamaban a participar en grandes reuniones donde todo era extremadamente privado, con personas muy seleccionadas, muy descogidas. Tuve oportunidad de conocer a grandes personajes de otros países que por su capacidad intelectual, yo analizaba que eran personas muy preparadas en la materia en la cual venían a dar clases. Tuve oportunidad de dialogar con esta gente.

En las bases guerrilleras la animación era mucha, en demasiado. Uno se sentía feliz ahí. Mucho personal que iba y venía, comisiones que llegan y otras que salen, reparto de órdenes para muchas partes y un teléfono de un poder enorme. Había televisores, actividades culturales y un entrenamiento increíble. El entrenamiento que

yo he visto allá, no lo he visto nunca, en ninguna parte militar. Era una vida feliz, buena comida, buen ambiente. Los guerreros siempre descaban llegar allí, por el descanso que había, porque se pasaba muy sabroso, muy amañable. A mí nunca se me prohibió andar por donde quisiera, conocer toda clase de maniobra que ahí se efectuara, pude pasearme ampliamente por toda parte sin tener sitios limitados. Siempre se me decía:

- Manuel, esta es su casa, ésta es su gente, ¡ande! y pregunte lo que quiera.

Implicado cada vez más en el trabajo político, invitado con frecuencia a las reuniones de cuadros, reclamado de aquí y de allá para mediar o aconsejar en los diferendos que requieren su presencia, Manuel tiene dificultades para prosperar económicamente. En todos esos años no ha dejado de ser un asalariado, un peón del campo que tiene que jornalear para mantener a su familia. En 1979 tras un accidente doméstico en el que se le quema la casa y a punto está de perder a dos de sus hijas, abandona San Fernando y se establece en la ribera del río Carare, en el caserío de Santa Rosa. Otra vez nuevos horizontes, nuevas gentes y reencauzar la supervivencia.

Viviendo en Santa Rosa, Manuel Serna conoce a una persona que entra en su vida como un meteoro. Es el comandante guerrillero Eloy, de quien al conocerlo se siente cautivado y en quien deposita, con el tiempo, una confianza y admiración total. Desde muy joven el mundo de los afectos venía influyendo decisivamente en las actitudes de Manuel y en su valoración de las personas. A Eloy lo admiró, lo respetó y lo quiso, encarnaba según él el arquetipo de persona ideal: honesto, sencillo y bondadoso. En colaboración con Eloy, Manuel se vinculó más que nunca al mundo de las Farc.

Hice una gran amistad con el comandante Eloy, del Frente XI de las Farc. Antes de distinguirlo personalmente yo ya lo conocía por su nombre. Cuando llegué a Santa Rosa, como él ya conocía la especialidad de mi trabajo, lo primero que quiso fue conocerme, yo también deseaba conocerlo a él. Ya en el primer encuentro me pareció, así físicamente, una excelente persona, y en él, como comandante, observé una gran honestidad y un amor por su personal increíble. Miré la forma cómo se comportaba con su gente y entendí por qué había tantísima gente que deseaba engruesar sus filas. Por eso colaboré con él y lo apoyé con mucho gusto. Trabajé divinamente bien con él.

Muchas veces hubo orden de asesinar a alguien, a una o dos personas, y darme yo de cuenta que no había motivo para matar a esas personas y verme en la necesidad de tener que andar tres o cuatro días hasta localizar a Eloy, donde estuviera, para resolver el problema y evitar los asesinatos. Había orden indispensable de que cuando yo le preguntara a determinadas personas por el paradero de Eloy, me dieran razón donde estaba él y se me llevara lo más rápido posible con él, porque él sabía que cuando yo lo buscaba era para algo urgente. Eso era muy importante para mí, porque saber donde estaba él, era muy difícil para nadie.

La vida de Eloy, su presencia en el Carare, fue un motivo para que las guerrillas crecieran en esta tierra. Siempre, por lo regular, a toda región donde Eloy llegaba, la gente se enamoraba de su trabajo. Él hablaba directamente con la gente, era un hombre muy sencillo y tenía una forma muy convincente para llegarles. Su manera de tratar no era una estrategia, no puedo entender que fuera así, sino su condición propia de persona, su mucha honestidad. Era muy formal, un hombre muy sencillo que nunca tenía esa voz de mando, o si la tenía no la utilizaba. Siempre, a diario, se comportaba como el más sencillo de todos, de modo que cualquier visitante que llegaba se sentía enamorado de su vida, de su organización y se sentía complacido de trabajar con él. Trataba muy bien a las gentes. Si alguno cometía algún delito, él bregaba lo posible para que la sanción no fuera la máxima, sino más bien aconsejando a las personas.

a sin propósitos perjudiciales para nadie

El territorio del Carare, dado su aislamiento geográfico, se convirtió en el bastión de retaguardia de las Farc. Aquí se movían como en casa y la “pax guerrillera”, con sus códigos peculiares, hacía años que estaba asentada. Por esta razón el ejército había presionado muy duramente desde 1977 a los campesinos de la zona buscando desalojar a la guerrilla de su santuario o restarle apoyos, mediante el miedo, de la población civil. La tosquedad de tal estrategia, mal llevada y de represión indiscriminada, tuvo un efecto contrario al previsto, no solo no desalojaron a las Farc, sino que los agravios del ejército condujeron a cientos de jóvenes a las filas de la guerrilla. Con el crecimiento de un aparato militar cada vez más complejo y costoso, los comandantes guerrilleros pusieron en práctica una exhaustiva campaña de financiamiento. Aumentaron hasta límites ruinosos los impuestos exigidos a los ganaderos (“vacuna ganadera”) y se dispararon las cifras de secuestros para obtener cuantiosas sumas por el rescate. En la región de Puerto Boyacá y en las planicies del Magdalena, definitivamente convertidas a la ganadería, la respuesta de los ganaderos a la presión de la guerrilla fue la financiación y el sostén, en muy estrecha colaboración con el ejército, de contingentes de civiles armados. Desde 1980, estos grupos, conocidos como “paramilitares”, convirtieron al Magdalena Medio en escenario de una de las guerras más brutales y sangrientas de los tiempos recientes. En los siguientes diez años el número de víctimas se contaría por miles, la inmensa mayoría campesinos.

En un principio los grupos de civiles armados eran autodefensas campesinas elementalmente organizadas. Después, cuando el ejército les suministra armas y apoyo estratégico, y los capos del narco (sobre todo Rodríguez Gacha, alias El Mexicano) abundante dinero, se transforman en auténticas máquinas de guerra que dan empleo a varios miles de personas (en el Magdalena Medio aproximadamente 2.000 personas vivieron del complejo paramilitar). El fenómeno paramilitar tuvo trágicos efectos para la población campesina, el más devastador fue la lógica del exterminio que se apoderó de una máquina que tendía a considerar enemiga a toda persona no encuadrada en su propio aparato (no había lugar para los indiferentes). Paralelamente la abundancia de

dinero alentó la deserción hacia el paramilitarismo de un sinfín de guerrilleros. En este bando había generosa plata y acción continua.

Esta situación inoculó en el vasto entramado civil del complejo guerrillero la sospecha, la desconfianza y el militarismo. En las zonas donde las Farc aún tenían sólido asiento condujo a una superposición del autoritarismo sobre el consenso. Las discusiones, más o menos francas de antaño, se acabaron dando paso al silencio y al miedo y un intenso olor a podredumbre invadió las relaciones públicas y privadas de una población civil cada vez mas aterrada.

Cuando en 1983 un destacamento paramilitar ocupó el caserío de Santa Rosa y obligó a sus habitantes a abandonarlo, Manuel Serna se trasladó con su familia a La India, un pueblo de reciente fundación varios kms. río arriba que, según la inteligencia militar, era una población de irreductibles simpatizantes de las Farc. En La India, Manuel no tardó en comprobar la gangrena (según él las "anomalías") que se había apoderado del universo civil-militar guerrillero. Pronto tuvo claro el cuadro de la nueva situación y no tardó en entender que lo primordial ahora era "poner orden en la propia casa", limpiar de actitudes profundamente corruptas el entorno civil de las Farc.

Antes de instalarme en La India yo ya conocía la condición de la mayoría de las personas de esta parte del río. Aunque no las distinguía personalmente ya tenía un concepto muy general de las gentes. En el concepto que la guerrilla me había dado de las gentes de aquí, unos figuraban como buenas personas y otros como malas personas. Lo de buenas personas significaba que estaban con ellos, y las malas es que no estaban conformes con el trabajo de las Farc. Yo me di de cuenta que eran conceptos muy equivocados.

Desde la hora en punto en que caí a La India, conocí que existían gran cantidad de anomalías en el comportamiento de las personas, y desde que me vinculé traté de entender esa situación. Busqué conocer a las personas y tener yo mismo mi criterio, saber por qué unos eran buenos y otros malos. Vi personas trabajando dizque en favor de la organización y lo que estaban haciendo era un gran daño. Estaban haciendo daño porque expresaban malos comentarios sobre otros, hacían matar a personas que no estaban cometiendo ningún delito, y eso por intereses personales o por deseos de sentirse poderosos y de tener mucha credibilidad en la guerrilla.

Yo situé la importancia de mi trabajo en evitar estos daños y en bregar para que la guerrilla entendiera la posición que yo le transmitía. Les insistía en que si queríamos llegar lejos con nuestro propósito deberíamos tener un excelente comportamiento y no acusar a nadie sin base, ni dejarse convencer por personas dedicadas a traer o llevar chismes que perjudicaran a personas inocentes. Otra historia eran las personas que se hacían matar por su propio gusto, porque si a un tipo se le llama, se le amonesta o se manda que se vaya de la región porque su comportamiento no es correcto y aquí no tiene cabida, y él a pesar de todo no se va y sigue haciendo lo mismo, pues a esto yo le llamo hacerse matar.

En una región como esta había cosas que no se podían hacer, como el hablar mal de la guerrilla o el criticar su comportamiento. La guerrilla aceptaba estas críticas siempre que se hicieran en una reunión y se conversara con ellos, si había alguna inconformidad se dialogaba personalmente, pero nunca difamarlos por fuera. Eso estaba rechazado. Otra cosa que no se podía hacer era comprometerse uno con el ejército a llevarles informes, aceptar las propuestas -que las hubieron muchas- de que uno, como conocedor de la región y conocedor de los programas de la guerrilla, por plata pasara informes. Tampoco se podía quitarle la mujer a un compañero que formara parte de la organización. Y desde luego estaba totalmente prohibido robar. Otra cosa no conveniente era negarse a hacerles favores. Si ellos pedían un favor a una persona y esta se negaba, no lo iban a matar por eso, pero sí tenía que irse de la región. Si no estaba de acuerdo con esa costumbre de vivir aquí, era mejor que se fuera.

La mayoría de los amigos de harta confianza de la guerrilla estaban actuando muy mal, no hacían lo que era correcto. Tuvimos discusiones con ellos y con la guerrilla también, conversamos mucho sobre este tema, pero como había gente que les había colaborado durante tantos años, ellos no aceptaban que, en principio, uno les hablara mal de estas personas. Más tarde sí se fueron dando de cuenta de lo que les decía, pero al principio tuve serios problemas, se me empezó a interpretar muy mal con el concepto de que yo era contrario a ellos. Cuando llegué a La India ya habían muerto muchos campesinos, que eran buenas gentes, porque otros campesinos los hicieron matar, por envidias, o porque habían tenido peleas con ellos y les había quedado grande. Habían ocurrido muchas muertes en el Carare de buenas personas, gentes excelentes, serviciales, trabajadores, que por entrar en problemas con otros que tenían más credibilidad en la guerrilla los habían matado, mejor dicho los habían hecho matar.

La guerrilla dio demasiado poder a algunas personas. La confianza que se le da a una persona para que decida si mata o no mata a alguien, es horrible. Ese poder le hace sentirse superior. Si quiere pelar a alguien lo pela, le dice a la guerrilla "ese tipo es un sapo" o "es informante del ejército", o "es un tipo perjudicial", y se acabó. El poder que se le da a una persona y a otro no es arbitrario e injusto. Hay personas que se sienten grandísimas porque están autorizadas a decir "maté a fulano". Eso las enorgullece. A uno le tocó estar metido ahí, no por ganas sino porque si uno se retira de esto, es cierto que van a sufrir personas inocentes. Evitar el deseo de asesinar es lo que a uno lo obligó a estar metido en ese fuego.

En una ocasión nos llamaron a tres personas para que tomáramos una decisión sobre la posible muerte de una persona. Había que decidir si se le mataba o no, porque el tipo había matado a un hombre cuando lo encontró acostado con su mujer. Resulta que cuando yo llegué a la reunión ya había tres personas que habían sido llamadas y que ya habían dialogado. Yo no supe nunca quienes eran ellos, yo llegué con un compadre mío que también había sido citado. Cuando llegamos nos dijeron:

-Bueno compañeros, los hemos hecho venir porque estamos recogiendo notas de la comunidad seria, de las personas en quien nosotros más confiamos, porque necesitamos saber que concepto tienen de este tal Manuel Suárez (así se llamaba el "cliente"). Hay unas personas que quieren que lo matemos y hay otras que no quieren, necesitamos resolver este asunto por elección, a ver si se le mata, o no se le mata

Entonces, el señor que me acompañaba, mi compadre dijo:

-A ese gran hijueputa debían de haberlo pelado ya ¿por qué no han pelado a ese hijueputa?

El tipo al que querían matar no era de esta parte, él vivía en el río para arriba, pero nosotros que vivíamos aquí apenas lo distinguíamos, no lo conocíamos. ¿Que interés podía tener mi compadre en hacerlo asesinar? Interés ninguno, era la costumbre, la costumbre de hacer matar gente en esa forma. No le importaba si era buena persona o era mala persona. Mi compadre volvió a decir:

-Por mí ya debían de haber raspado a ese cabrón

Entonces Abelardo, que era el comandante guerrillero de esa comisión me dijo:

-Bueno compañero Manuel ¿usted que opina?

-Hombre, Abelardo, mi concepto es muy diferente, es muy diferente a lo que aquí se ha dicho, mi concepto es que yo nunca he vivido al pie de ese señor, sé que él mató a un tipo, pero el hecho de uno encontrar un hombre durmiendo con la mujer de uno, eso nadie sabe que le puede producir en ese momento. Si es un hombre valiente, corajudo, no los toca a ninguno de los dos, pero si es una persona cobarde, no porque sea un asesino sino porque es una persona débil, fácilmente los acaba juntos a machetazos o a tiros si tiene con qué. Eso es una cuestión que no se puede medir, si es fuerte no les hace nada pero si es débil los acaba a tiros. Eso fue lo que ese hombre hizo, mató a ese tipo porque lo encontró durmiendo con la mujer. Entonces, ¿que pasa?, yo no estoy en condiciones de decirle a ustedes que lo maten ¿por qué razón?, porque ese señor a mí nunca me ha hecho daño, no tengo por qué decir que sea una buena persona o una mala persona. Pero si nosotros queremos llegar a alguna parte, si es verdad que nos trazamos un camino con el fin de buscar algo que nos beneficie, la idea no es de pagar vida por vida porque entonces ¿quién va a hacer la guerra? o ¿quién va a ser el beneficiado?. Yo creo que esta persona, lo único que debe de tener es una sanción, pero no quitándole la vida. No tengo absolutamente nada que hablar contra ese señor, como no lo tengo en favor tampoco lo tengo absolutamente a mal. Pero sí debemos de pensar con una conciencia muy fuerte que si la meta que nos trazamos es conseguir algo beneficioso no creo que esta sea la forma de tomar una decisión

El caso fue que después de lo que dije hubo una discusión y la mayoría estuvo de acuerdo en que no lo mataran.

Pero ¿que pasa?, en el futuro ya no me llamarían. Si se presentaba el caso y estaban dispuestos a asesinar a alguien, entonces a mí ya no me iban a llamar porque ya conocían que yo no estaba de acuerdo. Entonces ¿a quien iban a llamar? a quien

miraran que era un asesino, a la persona que trajera sus ideas criminales.

Hubo tipos que hicieron trabajos muy inhumanos. Por ejemplo, la guerrilla se tenía que retirar a cumplir una misión lejos, pero él quedaba fijo, él sabía que a fulano y a fulano, la guerrilla los estaba persiguiendo. Entonces el tipo se autorizaba, cogía y él mismo los mataba. Si la propia guerrilla los hubiera cogido, hubiera habido un diálogo con esa gente y habría posibilidad de salvarles su vida, pero él por sentirse autorizado de ellos, por el sólo hecho de saber que si los mataba a él no le hacían nada, entonces era peor que si lo hiciera la guerrilla. La guerrilla hubo muchas veces de perdonarle la vida a una persona porque podía comprobar que de lo que le acusaban era mentira, mientras que de las garras de aquel infame no se podía defender porque con él no había diálogo.

Se dieron otros casos horribles, como ir la guerrilla de afán y por no cargar con gentes que llevaban retenidas, sacarlos por ahí, dejárselos pues a ellos, "usted, usted y usted", dejárselos por ahí a tres personas para que los mataran. Fue una cosa horrible.

Al principio de mi llegada siguieron por un tiempo los asesinatos. Pero la cosa comenzó a cambiar y empezaron también a caer varias personas que desde hacía mucho tiempo venían alcahueteando y mal informando sobre otros compañeros campesinos. Supe que la guerrilla ejecutó a algunos de estos malos informantes después de que asesinaran a un muchacho en La India a causa de una mala información. Ahí la guerrilla se puso pilas y principió a investigar más las acusaciones que le llegaban sobre determinadas personas.

Hacerles ver a los mandos de las Farc lo equivocado de muchas muertes era un trabajo que llevaba su riesgo. La manera de enrostrar esas cosas tenía que ser de forma muy suave. No se les podía decir "ustedes han matado a tantas personas", sino hacerles ver que el trabajo que venían haciendo la cantidad de amaños que tenían no era un trabajo eficiente. Que por pararle bolas a un chismoso que estaba llevando malos informes se estaba matando a personas que eran de un buen comportamiento en la región.

MANUEL Y ROY. PRIMER ENCUENTRO

Aunque Manuel se había acostumbrado desde hacía tiempo a convivir con el riesgo y a actuar en situaciones de peligro, el empeño de saneamiento interno en el que ahora andaba implicado podía traerle serios disgustos. Su independencia de criterio le estaba grangeando sospechas en el entorno de las Farc y empezaba a resultar, para algunos, una persona incómoda. Eloy, su amigo y protector había desaparecido de circulación y para el nuevo comandante del Frente XI, Ramón (Elmiro Avendaño), Manuel no era nadie, apenas lo conocía. A la comandancia del XI llegaban, además, informes que describían a Manuel como persona de escaso entusiasmo, poco fiable, que sabotaba incluso la decisión de su hija Lucía de 15 años de ingresar como guerrillera. Esto último era cierto. Desde hacía un año Manuel sostenía una cruda batalla para no perder a la hija adolescente. "Yo no me opongo a que ingrese a la

guerrilla si esa es su voluntad, pero que lo haga cuando cumpla los 18. Ahora es una niña y no alcanza a ver las consecuencias”.

El mensajero enviado por el Frente XI para “ablandar la voluntad” de Manuel y “resolver en el acto” el problema de su hija, fue Roy, un curtido guerrillero en quien el comandante Ramón tenía total confianza (“te la traes a las buenas o a las malas”). A sus 35 años Roy era físicamente un hombre impresionante. Alto, robusto, ágil, con una seriedad de mirada que taladraba, desprendía la fuerza de un felino. Estaba habituado a las misiones mas duras y a resolver las situaciones mas extremas que imaginarse puedan.

El encuentro entre Roy y Manuel Serna se produjo en un claro de selva a orillas del rio. Era la primera vez que ambos se veían. “Cuando ví a ese hombre con la mirada inyectada en sangre y armado hasta los dientes supe que o conseguía mi propósito o moría esa tarde”. La discusión duró pocos minutos. Roy dijo que venía a llevarse a Lucia. Manuel respondió que “de ninguna manera”.

Roy quitó el seguro a su ametralladora Uzi y apuntó. Manuel, dispuesto a morir ahí mismo, se lo jugó todo en un envite final:

-Si lo que pretende es llevarse a mi hija, máteme primero. Máteme aquí mismo porque si me deja con vida no le permito que se la lleve. Y si no me mata, sepa que hoy mismo la saco de la región, así que olvídense de ella.

Roy, inexplicablemente, quedó callado, dió media y desapareció en la espesura. Así acabó esa historia.

Durante un tiempo, Manuel no entendió como Roy no lo había tumbado de un tiro allí mismo. Pasaron tres años hasta que supo el por qué. El hecho es que la aparente seguridad de ese guerrillero tallado en roca estaba sometida esos días a una extrema confusión interior. Las estructuras íntimas de Roy se encontraban a punto de estallar en pedazos. Desde hacía semanas venía madurando la decisión mas arriesgada de su vida: abandonar a las Farc.

DEL OPTIMISMO A LA NÁUSEA

El itinerario de la vida de Roy fue como el de miles de jóvenes de la región, era un “típico producto” de la tierra. Nacido en Yacopí (Cundinamarca), en el seno de una humilde familia campesina con 11 hijos, pronto se echó a errar por los campos de Colombia. A los once años se fue de casa huyendo de la miseria y sobre todo de los malos tratos de un padre alcohólico. El final de su infancia y la adolescencia las vivió en solitario, trabajando como peón agrícola y cambiando de lugar obsesivamente, anduvo por Caldas, Tolima, Quindío, Antioquia y los Llanos Orientales. A los 18 años hechó raíces por fin en La Corcovada, a tres horas del rio Carare. Aquí fue donde tuvo los primeros contactos con las Farc.

Vine a tener contactos especiales con la guerrilla en 1977. Mi relación con ellos fue por medio del frente de masas. Comencé en una cédula de las JUCO (Juventud

Comunista) y después pasé a ser miembro de una cédula del Partido. Tenía que pagar una cuota de 10 pesos, asistir a las reuniones, y cumplir con algunos deberes.

Yo era un tipo simpatizante de la izquierda, di votos por la izquierda porque creía firmemente en esa política. Me consideraba un revolucionario, uno tenía la conciencia de que siendo un comunista, era un transformador social. El canto era conseguir un cambio revolucionario en la estructura política. Me fui llenando con esa codicia, con esa ambición revolucionaria y entonces hice contactos mas profundos con la guerrilla. Me fueron encargando misiones, me citaban y me decían: "hay que hacer esto, hay que hacer aquello". Fueron viendo mi capacidad para cumplir las tareas que me encomendaban y aumentaron su confianza en mí. Así me fui introduciendo a fondo, a fondo. Yo era un idiota útil, sí, un servicio útil pero tonto a la misma vez. Me mandaban a Berrío, a La Dorada, a Puerto Bocayá, y yo era un tipo que les cumplía con todas las cosas que me encomendaban. A mí me daban la plata de una manera berraca. Iba a comprarles ropas, zapatos, drogas, a recibir plata que les llegaban de otras zonas.

Yo cumplía unas tareas pesadísimas, viajaba mucho. Me mandaban para Bocayá, para un punto llamado Los Chorros, Pinzón, a llevarle mensajes a un comandante de allá. De allá me venía con otros mensajes y así me mantenía de aquí para allá. Yo, por ejemplo, cuadraba en Cimitarra un carro y contrataba viaje. "bueno usted me lleva esto hasta Naporoa o hasta Soplavientos" y yo me venía en otro carro, por decir algo. Siempre contrataba el transporte a quien yo sabía que también estaba manipulado por la guerrilla, yo no iba a buscar a cualquiera, sino a tipos que trabajaban con la guerrilla y que sabían que yo también lo hacía. Conseguía las mulas y venía cargado de mercancías, o buscaba a otra persona que fuera también de la misma gallada. Yo era como la avispa que volaba acá, volaba allá y estaba en mi nido pendiente de los mensajes.

Desempeñaba tareas de riesgo, pero gracias a que yo fui un tipo muy talentoso y nadie por mí tuvo nunca que huirse, por eso yo nunca tuve caídas. Yo trabajaba con sangre fría, con serenidad, no le daba importancia a las cosas que hacía. Usted, por ejemplo, me veía aquí "¡hombre Roy!", "hola fulano", pero yo a usted no le iba a decir donde iba, de donde venía, ni que estaba haciendo. Podía estar haciendo lo mas arriesgado, pero usted no se daba cuenta, porque yo no le daba importancia a lo que estaba haciendo. De pronto le disimulaba a usted, o le invitaba a comer, o a tomar un refresco, mientras lo podía despistar, porque de pronto yo le analizaba que usted me estaba detectando algo, en ese momento yo a nadie le daba importancia. Yo era un tipo muy caviloso, me sentía fuerte porque yo cumplía y no me dejaba caer en las tareas.

Cuando después me establecí en la Corcovada y me hice una casa, la guerrilla comenzó de lleno a llegar por ella. Siempre había guerrilleros, hoy venían 40, duraban dos o tres días aquí y se iban, al día siguiente me llegaban otros 40. Mi casa era un lugar, un plantel de guerrilla. Ahí hacían plenos, hacían asambleas, se hacían reuniones y yo estaba contento. Pero ¡cuidado! yo lo hacía porque me nacía. Todos

los vecinos sabían lo que yo hacía, pero como todos trabajaban para la guerrilla no había problemas. Yo, como era el de más confianza, les mandaba a los vecinos que hicieran trabajos por encargo de la guerrilla, yo llegaba al pueblo y les decía: "usted me lleva ésto, y usted me lleva lo otro" y yo distribuía todo mi cargamento, todas las cosas que traía, las distribuía entre todos.

De pronto las cosas empezaron a complicarse. Un día que había un grupo de guerrilleros en mi casa llegó un pelado, de por ahí unos 10 años, que trabajaba con un vecino. El niño se dio cuenta que la guerrilla estaba en mi casa. Entonces yo llamé al comandante del grupo, que se llamaba Gaitán, y le dije "vea camarada, este pelado que llegó aquí, éste va a ser el perjuicio para mí", dijo "¿por qué?", "porque ese pelado no es de por aquí, es de San Fernando y ese pelado va a informar al ejército de que la guerrilla está aquí en la casa". Lo llamaron, hicimos una charla, pero el chino era muy cauteloso y acabamos por no darle importancia. El pelado ese ya no vive, según cuentan lo mataron o se murió, no sé como fue la cosa. El pelado se fijó cuantos guerrilleros había, y así pasaitos los contó a todos. Al día siguiente se fue para el pueblo y le faltó tiempo para avisar a la gente "en la casa de Juan hay guerrilleros y él es el duro de la guerrilla". A partir de ahí fue cuando se me vino a mí la persecución encima.

Dejé de salir, y cuando tenía que ir al pueblo iba como un conejo erizado. Yo oía algo y ya estaba pilas, no me podía dejar pescar, porque si me pescaban me mataban. Los militares iban de cacería a por mí. Una vez que fui a Cimitarra, estuvieron a punto de pescarme, pero yo me volé para el monte. Se dieron cuenta que yo bajaba las maderas hasta Santa Rosa y se pusieron a esperarme en el río, en las bocas de La Corcovada, pero tampoco pudieron detenerme.

El ejército vino varias veces a buscarme hasta mi casa, pero yo me les volaba. Los mismos vecinos me avisaban de que venían a por mí y así me daba tiempo a salir. Me iba al monte y me estaba tres, cuatro, cinco días. Cuando ya se daban cuenta que se iban, me decían "ya puedes salir", yo volvía y salía a trabajar, pero a los quince días volvían otra vez, había alguien por ahí en el área, tal vez, que informaba que yo otra vez estaba por aquí, entonces venían y me perseguían otra vez. Estos vecinos aunque eran solidarios con la guerrilla, no estaban quemados como yo, a mí me habían pillado con las manos en la masa. Los vecinos no querían que yo fracasara, porque de pronto ellos pensaban que al caer preso yo, podía delatar algo de lo que ellos también tenían entre manos, por eso me cuidaban.

La persecución ya no me permitía viajar ni tampoco trabajar tranquilo, así que le propuse a la guerrilla irme definitivamente al monte con ellos, pero me decían "espérese un tiempo, porque donde verdaderamente usted nos hace mucha falta es aquí". Yo les decía que el problema era quedarme aquí, que yo no podía salir afuera, yo estaba condenado en cualquier momento a caer en manos del enemigo.

La cosa se decidió una madrugada, cuando me cayó por sorpresa una comisión de ejército y paramilitares que venían a matarme a mi propia casa. Era el 29 de octubre de

1981. Esa noche, como a las dos de la mañana, un perro que tenía echó a ladrar, andaba para allá, para acá y yo me di cuenta que era el enemigo que me estaba cercando la casa. Sabía que la sentencia para mí era la muerte. Entonces a las cuatro me levanté, hice una olletada de tinto y me empaqué unas cosas en un costalito, unas ropas, una comida, eché mano a una escopeta que tenía y me alisté. Cuando eran las cuatro y cuarenta y cinco ya sentía yo como trillaban rastrojo ahí cerca de la casa, y el perrito, ya, que les echaba mano. De una vez me pegué el viaje y me fui. A los cinco minutos ya me tenían la casa rodeada, pero yo me había escapado. No pude hacer nada, lo deje todo como estaba y nunca más pude volver por ahí. Cogí el monte y me dirigí a donde yo sabía que estaba la guerrilla. Desde entonces cogí las armas. Estuve en la guerrilla justo 21 meses y recorrí todo el Magdalena Medio, desde la parte del 42 hasta El Salto, de ahí hasta Puerto Boyacá y parte de Cundinamarca. Era el Frente XI de las Farc que en ese entonces tenía unas 300 personas.

Recibí instrucción política y entrenamiento militar. Más militar que político, porque ya uno es un soldado revolucionario. También hay una enseñanza de cultura. De pronto también se puede aprender un oficio, como peluquero, dentista, enfermero. Aprendí a extraer muelas y a motilar. En lo político no fui muy bueno, no era mucha mi comprensión.

Tengo que decir que las condiciones de vida en el monte eran muy duras. Es tremendo cuando a uno le toca andar enfermo, caminar mojándose, o ir a frentearse a otro hombre que tiene armas con que darle a uno. Aguantando hambre, frío, sueño, durmiendo mojado, durar tres, cuatro, cinco días sin comer. Esas condiciones de vida acaban con las fuerzas físicas y también con la moral de uno.

Tardé poco en darme cuenta que aquello no me gustaba. Los sufrimientos físicos no eran tan importantes como la falta de ánimo. Lo que yo empece a querer era volver a ser el mismo, trabajar afuera como siempre lo había hecho. Porque realmente no me dictaba nada de lo que veía. Había órdenes que eran muy duras de cumplir, pero uno no se podía negar.

La actividad militar que mayormente desarrollábamos era el patrullaje por la región, la visita a las casas de los campesinos, nunca enfrentarnos directamente con el enemigo. A veces se programaba un asalto a una población o un ataque al Ejército, pero nunca se realizaba, era solamente una cuestión de boquilla, no se llevaba a cabo nada. Simplemente lo único que se hacía era ir de aquí para allá, entrar a la finca de un campesino, sentarse allí en la casa, a comer, a hacer disciplina. Eso daba pie a que llegara un tipo, un mirón, un sapo, viera a la guerrilla y luego fuera con el cuento al cuartel. Luego el ejército caía a casa del campesino y lo prendía a plomo a él y a su familia. Yo veía que la guerrilla era muy responsable de la persecución que el ejército le hacía al campesino, miraba a los campesinos como a personas soportadoras, los que aguantaban la carga por la forma en que la guerrilla se comportaba. Me aburría ver como el Ejército o los paramilitares llegaban, mataban a un campesino, y nosotros en vez de hacerles frente emprendíamos la huida. Me tocó ver eso, correr y dejar al

enemigo que avanzara a casa del vecino y lo matara allí mismo sin hacer nada.

La explicación que daban los mandos era que no había orden de pelear, era la disculpa. Y uno como guerrillero tiene que obedecer y no preguntar. Resulta que lo que nosotros estábamos haciendo con esa actitud era engrandecer las filas del sicariato, de los paramilitares. ¿Por qué? Porque había guerrilleros allí que se burlaban de esa cobardía, porque veían que aquí no eran capaces de hacerle frente al enemigo, y entonces se iban al otro lado, con el enemigo. Había otros que lo que querían era pelear y entonces se iban donde había plomo seguro, con los masetos ⁵.

En la guerrilla había gente que pensábamos que estábamos cumpliendo con un deber. Cuando salíamos íbamos con la esperanza de respaldar a la población civil, de darles moral, de hacerles ver que éramos capaces de enfrentar verdaderamente al enemigo. Se hablaba de un cambio social, de una transformación social, nosotros éramos unos transformadores y queríamos que esa gente trabajaran en paz y estuviera protegida. Pero resulta que entre los guerrilleros que íbamos, por ejemplo en mi escuadra, había por ahí seis que estábamos de acuerdo con pelear y enfrentarnos al enemigo, pero había otros seis que iban simplemente para hacer una demostración y mamarle gallo al tiempo ⁶. Pero los seis que no estábamos de acuerdo con eso, sufríamos moralmente.

Mas que el peligro, lo que nos estaba hiriendo moralmente eran las órdenes que teníamos que cumplir, como ejecutar a una persona sabiendo que no había averiguaciones que lo culparan con certeza. Eso a mí me hería, después me sentía mal. Pero había guerrilleros a quienes eso les gustaba. Cuando a la persona le nace ser asesino, eso le encanta, pero yo lo sentí en carne propia cuando me obligaron a hacer esto, me sentí mal, porque yo no era apto para eso, sacar a un tipo y matarlo ahí ¿Por qué? porque yo entendía y miraba que no había una investigación, que la acusación no era clara para poder ajusticiar al tipo, que era un ajusticiamiento movido por envidia, por un rencor, o porque de pronto el tipo no le caía al comandante.

Me sentí mal en esos casos, me sentí mal cuando veía esa injusticia y me sentí muy mal cuando me tocó hacerlo. Otros, a los que les fascinaba, después de la misión, se reunían con la escuadra o con el pelotón a reír y a contar como habían hecho el trabajo, como habían matado al tipo y todas esas cosas. A mí no me parecía correcto eso porque era privar de vida a una persona que tenía derecho a vivir como cualquiera.

En todo el tiempo que estuve en la guerrilla sólo tuvimos un enfrentamiento con el enemigo, mejor dicho un encontronazo, fuimos a un sitio y disparamos unos tiros, pero fue sólo un hostigamiento. Quiero decir que yo no fui un tipo berraco para enfrentarme a los tiros y darme plomo con el enemigo, no, no fui un tipo de esos. Me tocó cumplir con el otro tipo de tareas, que como digo no me gustaron ni poquito. Si a

⁵ Miembros del grupo paramilitar Mas (Muerte a Secuestradores).

⁶ Perder el tiempo.

mí me hubieran dicho “vamos a pelear con el enemigo”, yo hubiera salido contento porque sabía que eran dos armas que se iban a enfrentar, o sea dos hombres con arma y si moría, sabía que moría en combate, pero lo que no me gustó era que me tocara amarrar a un tipo, tenderlo en el suelo y masacrarlo, hacerlo de una manera humillante.

Alguna vez me encaré con los comandantes porque no estaba de acuerdo con eso y me dijeron que mi tarea no era saber lo que no debía saber, sino saber lo que me estaban diciendo y cumplir con mi obligación, ejecutar la orden. Intervine algunas veces, pero me di cuenta que iba a tener problemas, porque cuando a usted le ordenan que mate a fulano, si usted no lo mata lo matan a usted, esa es la cuestión. En alguna ocasión me tocó pedirle al comandante que me diera la orden de ejecución por escrito, para salvar mi responsabilidad. Cuando me daban la orden “usted tiene que ir a ejecutar a una persona” y yo sabía que eran personas inocentes, les pedía la orden por escrito, por si algo venía en contra mía poder comprobar que yo no lo había hecho de gusto, sino porque me habían obligado a hacerlo. Era la única salida que tenía.

El día del encuentro con Manuel Serna, Roy estaba en el límite del aguante. La decisión de abandonar la guerrilla ya estaba tomada y no iba a esperar más. Se lo jugaría todo a cara o cruz.

Yo nunca pensé en desertar de la guerrilla, porque sabía que si yo me volaba no tenía otra alternativa que pasarme al enemigo, y entonces yo tendría que venir de nuevo, tendría que volver después y denunciar al campesino que me había dado de comer, que me había dado de tomar, que me había alojado. Para poder ser alguien entre los paramilitares, en el sicariato o en el Ejército, tenía que denunciar a los auxiliares de la guerrilla, decir donde estaba quien me había dado de comer. Y yo no quería eso, ni lo he querido jamás.

Un día que me encontraba muy enfermo estando aquí en La Panela, como a las diez de la mañana, le hice la propuesta que hacía tiempo venía madurando a Ramón, que era entonces comandante del Frente XI:

-Mí comandante, usted que me ingresó a la guerrilla, quiero que me resuelva este problema, yo me siento incapaz de estar aquí porque me siento enfermo, incapaz de cumplir las tareas cotidianas. Quiero que me haga un favor, tengo dos decisiones para que usted tome, dos alternativas mí comandante: si veo que me he ganado la confianza de usted o de ustedes, quiero licenciarme de la guerrilla y que me dejen ir a trabajar. Y si no me la he ganado fusílenme de una vez.

- Tranquilo Roy, voy a tratar de solucionarle el problema.

Y listo, la cosa quedó ahí. Al mes completo me mandó llamar.

-Juancho ¿usted sigue con la decisión de abandonar las Farc?

-Sí mí comandante, esa sigue siendo mi decisión y le pido que me de la libertad o que me fusile

-Bueno su situación se ha mirado, se ha analizado su actuación y hemos visto que

usted se ha ganado nuestra confianza, ha mantenido su criterio, ha conservado su conducta en alto. Le vamos a dar salida para que se vaya usted a trabajar y pueda rehacer su vida

Cuando les propuse salirme estaba dispuesto a que me fusilaran, sabía que era muy probable que me ejecutaran, pero prefería eso a continuar en la guerrilla, era incapaz de aguantar más. Cuando decidí salir quise hacerlo abiertamente, dando la cara, sin escaparme. ¿Por qué yo pude conseguirlo? Bueno, en una situación así, si uno es una persona que no tiene excelencia porque uno mismo no la ha cultivado, no se la ha ganado, no sale. O de pronto sale, pero muerto. Entonces esas personas, cuando ven que no tienen salida, que no tienen argumentos para enfrentar una situación así, deciden escaparse, desertar al enemigo. Y en el enemigo no les queda más alternativa que hacerle daño a aquella persona que le ha dado de comer, que les ha servido. En mi caso, cuando resolví decirle al comandante que me licenciara o me fusilara, sabía que mi conducta en la guerrilla había sido intachable, me había ganado la confianza de los mandos y mi conducta limpia. Cuando me licenciaron, la guerrilla me dio una carta de recomendación que tengo todavía guardada. A los pocos días, en un sitio llamado Campo Chinche, más abajo de Naranjito, me despedí de ellos y salí dispuesto a trabajar y a encarar el futuro.

Los siguientes tres años los vivió Roy emboscado en el interior de las selvas, escondido en un lugar conocido como Campobanda, sembrando y cosechando para el sustento pero sin atreverse a salir a ningún núcleo de población. Temía, con razón, que si ejército o paramilitares le ponían la mano encima era hombre muerto. En ese tiempo consiguió, además, estabilizar su vida familiar, conoció a una muchacha viuda, madre de dos hijas y decidieron emprender la vida juntos.

A VECES OCURRE LO INCREIBLE: DE LA GUERRA A LA PAZ

Tres años después de su primer encuentro, los caminos de Manuel Serna y el exguerrillero Roy volvieron a cruzarse, pero ahora en condiciones muy distintas. Fue el 7 de julio de 1987 con motivo de la multitudinaria reunión (más de 2.000 personas) que los colonos campesinos celebraron con las Farc en el caserío de La Sarca, a orillas del Carare. Ese día el comandante Jerónimo, enviado por el estado mayor guerrillero, se comprometió con la población civil del Carare a respetarles su neutralidad en el conflicto guerrilla/paramilitares, a acabar con las ejecuciones de campesinos acusados de colaborar con el ejército y a reconocer a la organización pacifista que acababa de fundarse en La India, la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare (Atcc).

Desde mayo de ese año un grupo de campesinos, de manera autónoma y en silencio, venía "rebelándose contra el destino" que los condenaba a ser los muertos de una guerra que les era ajena. Desde principios de 1987 la situación era insostenible, las bandas paramilitares entraban desde la región de Puerto Boyacá quemando ranchos y asesinando indiscriminadamente a quien encontraban. La guerrilla por su parte

imponiendo un ambiente de sospecha y miedo con la amenaza siempre latente de la ejecución. De los 7.000 colonos del río, 500 habían sido asesinados y cerca de 2.000 huyeron abandonando casa y tierras. El ejército encerrado en sus cuarteles y apoyando bajo cuerda el trabajo sucio de los paramilitares les había impuesto en mayo un ultimatum: "Señores campesinos, en esta guerra no hay neutralidad posible, tienen ustedes tres alternativas, o se van al monte y se enrolan en las Farc, o se arman y nos ayudan en nuestra lucha, o se mueren directamente".

El hombre que encabezó el impulso pacificador y al que el resto de sus paisanos consideraron su líder natural era Josué Vargas, campesino muy trabajador y honesto natural del departamento de Santander. Josué tuvo la virtud de movilizar las conciencias de un grupo de hombres, que venciendo su propio miedo y al calor de su ejemplo estuvieron dispuestos a jugarse la vida y encararse con los grupos armados exigiéndoles que los dejaran en paz. Desde el primer momento Manuel Serna, el hombre más cercano a Josué, empeñó toda su trayectoria de "hombre de compromisos" y de colaborador civil de las Farc en hacerles comprender a éstas que la iniciativa pacifista no era prueba de enemistad hacia la guerrilla, ni una estrategia manipuladora del ejército para socavar el poder que las Farc detentaban en el Carare.

Cuando, encerrado en su refugio, le llegaron a Roy noticias de las iniciativas de paz, sintió que coincidía con ello. "Estando en Campobanda oí hablar de que en La India se estaba formando una asociación de campesinos. A partir de ahí vi que todo el mundo le podía decir a la guerrilla "¡no!" y al ejército "¡no!". Estuve en la reunión que hubo con la guerrilla en La Sarca y ahí pude tratar con los campesinos. Me gustó la ideología de la Atcc, me hice miembro de la Asociación y comencé a asistir a las reuniones, estaba con ellos en todo. Después de eso ya empecé a bajar por La India".

Los primeros tres años de vida de la Atcc estuvieron plagados de dificultades, derivadas fundamentalmente de la negativa de ejército y paramilitares a aceptarlos como interlocutores. Por otro lado las Farc tampoco se resignaban a la pérdida de control sobre una población de varios miles de personas. Aunque respetaron la promesa de detener las muertes, no cesaron de hostigarles. Los hombres de La India, por su parte, se convirtieron en auténticos expertos en estrategias de diálogo y negociación asegurando el mantenimiento de la paz (en los siguientes años hubo "sólo" 7 asesinatos). La Atcc rápidamente agrupó a la totalidad de los colonos del río (1.000 cabezas de familia aproximadamente) y se convirtió en instrumento central de la dinámica de paz en la zona, pero también en centro de los proyectos de desarrollo agrario que pretendían mejorar las condiciones de vida de los campesinos al tiempo que desplegaba un vigoroso empeño en la defensa y consolidación de los Derechos Humanos en la región. A pesar de las amenazas de los "señores de la guerra", Josué Vargas y el resto de campesinos siguieron publicitando, al país y al mundo, que el proceso de paz que vivía La India y la región del Carare en general, podía servir de ejemplo.

Una de las actitudes admirables con que el espíritu de la Atcc asombró a propios y

extraños fue la de olvidar los agravios del pasado y concentrarse en la construcción de la paz. "Sobre el pasado no queremos pedir cuentas a nadie porque si hablamos de violencia quedarían limpios muy poquiticos". La Asociación abrió sus puertas y dió cobijo a todo el que lo solicitó con el único compromiso de romper los vínculos con los grupos armados que fueran germen de violencia interna. Los campesinos que antaño fueron colaboradores de uno y otro bando y ahora decidieron acabar con sus viejas servidumbres econtraron refugio y respaldo. Y los líderes de la Asociación cuando hubo que dar la cara por alguno de ellos no dudaron en jugarse el tipo.

ULTIMO ACTO

En el Carare, Roy encarnaba el más notorio caso de integracion a la vida civil como consecuencia del proceso de paz que encabezaba la Atcc. Se hizo miembro activo de la Asociación y ejemplo evidente de que la reinserción era posible. Pero todavía le quedaba por vivir una de las situaciones mas inciertas de su existencia.

De nuevo los caminos de Manuel Serna y de Roy se entrecruzarían. Pero en esta ocasión, y paradójicamente, la vida de Roy iba a depender del arrojo de Manuel y sus amigos por salvarlo, por rescatarlo de la muerte.

Este es el relato de Roy:

A los pocos días de crearse la Asociación caí enfermo y me llevaron al hospital de Cimitarra. Me pareció gracioso la ida y la salida de Cimitarra porque no me cogió nadie. Empecé a sentirme seguro. A los 15 días volví a Cimitarra. hice el mercado,y me alegré de encontrarme con viejos conocidos. Al día siguiente como a las seis y media, estaba tomando un tinto en la caseta del parque cuando de pronto me echaron mano un grupo de paramilitares de San Fernando, iban Santiago Giraldo que era el jefe, la señora Adela,un señor Olalla, un señor Herreros, un señor Jesús Ruiz y toda esa gente. Yo los conocía a todos. Ellos junto con la policía me echaron el guante, me llevaron para el puesto y me metieron en el calabozo, de ahí me sacaron para el batallón del aeropuerto. En el aeropuerto me tuvieron hasta las cinco de la tarde. La directiva de la Atcc, cuando se enteraron de mi detención fueron al batallón y estuvieron peleando con los oficiales para poder sacarme. Ellos insistían en que yo hacía cinco años que había abandonado la guerrilla y garantizaban que era socio de la Atcc y que me dedicaba exclusivamente a mi trabajo. Le decían a los oficiales que si se ponían a detener a todos los que habían sido guerrilleros, que entonces empezaran por la gente del Mas que antes habían sido guerrilleros y ahora eran tan amigos del ejercito. Batallaron por mi duramente, don Excelino, don Manuel Serna,el finado Josué. Tengo mucho que agradecerles.

Después de esa detención estuve un tiempo sin salir del Carare, sabía que en Cimitarra los paramilitares me buscaban para matarme. Andaban a mi caza, preguntaban a mis amigos si no me habían visto por ahí. Pero yo seguía trabajando. Al cabo de dos años pensaba que el peligro había pasado y que se habían olvidado de mi, salí de nuevo a Cimitarra. Pero volvieron a detenerme, me echaron mano otra vez los

mismos. La suerte es que me cogieron en el pueblo y no me pudieron matar, me llevaron al batallón del ejército. Y otra vez volvió Excelino y Manuel, volvió la Asociación y se enfrentaron a los militares y consiguieron de nuevo sacarme. En esa ocasión me arreglaron los papeles y me dijeron "váyase a su finca y póngase a trabajar tranquilamente".

Un domingo, como a las diez de la mañana, la guerrilla tiroteó a un helicóptero del ejército cerca de donde trabajábamos. Al domingo siguiente yo fui a La India y ahí me volvieron a detener. Era el 3 de febrero de 1991. Por la mañana llegó a La India una comisión del ejército y del Mas, todos revueltos. Yo estuve todo el día en La India, no tenía miedo, porque el que nada debe nada teme, pero ya por la tarde cuando salía me echaron mano. La mayoría de los masetos eran guerrilleros desertados que me conocían. Me amarraron y me echaron en una canoa. Salimos río arriba y en Palestino nos desembarcaron y continuamos andando por una trocha. Nuestro destino era el cuartel general de los paramilitares en Puerto Boyacá. Eramos cuatro los detenidos. Pero aquí no cogieron sino dos, a uno moreno y a mí. A los otros dos los cogieron en otro sitio.

El viaje fue terrible, yo andaba enfermo y estaba en pantaloneta, trillando toda esa rastrojera, sangrando. Duramos toda esa tarde de camino, y al otro día por la tarde íbamos arribando a San Tropel. Ahí nos tuvieron cinco días, y después nos llevaron a Puerto Boyacá para investigarnos. En San Tropel me encontré con Ramón, el que había sido comandante del Frente XI, el había sido el que me entro a al guerrilla y el que me dio la carta de salida. Ahora trabajaba en el Mas, se había desertado de la guerrilla y se había pasado al enemigo. Estuvimos hablando, nos saludamos como dos amigos, porque como ya dije me había ganado en la guerrilla la confianza de él. Amistosamente nos saludamos, yo no le di importancia al hecho de que él estuviera ahora en el Mas, porque, realmente, yo no sabía cuales eran las causas por las que él estaba allí. El lo que me dijo fue "yo estoy aquí, porque realmente yo, cuando estaba en la guerrilla no era lo que ustedes pensaban, yo era un tipo infiltrado". De todas maneras haiga sido como haiga sido a mi no me hizo daño. A mí me investigó su buen rato y entonces salimos de ahí, estaba en la investigación conmigo, preguntándome algunas cuestiones más. Me propusieron que entrara a trabajar con ellos, que esa era mi solución, pero yo les decía que si me iban a matar, que me mataran ya, porque yo no me iba con ellos, ya estaba muy cansado de llevar maleta y fusil y de matar a gente.

Durante los cinco días que me tuvieron preso los paramilitares yo estaba seguro de que me iban a matar. Sabía que ya no había solución y perdí toda esperanza de salir con vida. Pero de pronto ocurrió algo extraordinario, una mañana vinieron a por nosotros, nos subieron a un carro y sin decirnos palabra nos llevaron a Puerto Boyacá. Cuando bajamos del carro, al primero que vi fue a Manuel Luna y a otros miembros de la Asociación. Allí nos dijeron que estábamos libres. Yo no daba crédito a lo que nos decían. Comenzamos a llorar

Manuel Luna da su propia versión de estos hechos:

Nos decidimos a ir a Puerto Boyacá cuando cogieron a Roy y a los otros campesinos de aquí. Al ver que se los llevaron tomamos la decisión de viajar a Puerto Boyacá a dialogar con esos señores, a tirarnos una aventura como tantas otras habíamos tenido. Porque metérnosle allá en su guarida era una temeridad, era meternos a la boca del león. La decisión de ir salió de una reunión que tuvimos esa misma noche. Tomarla fue otra de las aventuras, era convertirse uno en un suicida, saber que lo más posible es que nos asesinaran, pero nos resolvimos a hacerlo. Como ellos siempre nos habían rechazado no podíamos esperar cosa buena de ellos.

Fuimos ocho directivos de la Atcc. Lo primero fue ir a Cimitarra y dialogar con una persona que trabajaba para ellos, era muy privado pero sabíamos muy bien que formaba parte de esa misma organización. El personalmente nos llevó en su carro. A pesar de que yo era de allá, de Puerto Boyacá, yo ya llegaba como forastero. Llevaba dieciséis años sin pisar esa tierra. Cuando llegamos, el que iba con nosotros nos alojó y después el se abrió y se comunicó con su gente. La gran reunión vino después.

Llegamos una tarde y esa misma noche tuvimos la primera entrevista, aunque no con los máximos líderes. La reunión directamente con Henry Pérez ⁷ se hizo dos días después de la llegada. Fue difícil dialogar con él porque era un hombre muy ocupado, en demasiado, y hasta que él no hiciera todo el trabajo pendiente que tenía no destinó un tiempo lo suficientemente amplio para dialogar con nosotros.

A los dos días tuvo lugar el encuentro con Henry Pérez y los demás jefes paramilitares. Fue una reunión muy debatida, estaba presente El Zarco y también un grupo del M 19 ⁸.

El primero en hablar fue el segundo de Henry Pérez, el señor Ariel Otero. Nos dijo que con toda confianza podíamos hablar, que estaban dispuestos a escuchar nuestras quejas y cual era la inquietud que teníamos.

Tenían muy claro que la principal inquietud nuestra era reclamar por los detenidos, pero no solamente eso sino que desde hacía mucho tiempo estábamos también bregando para tener un diálogo con ellos. Después de Otero ya se encamenzó a hablar esporádicamente, fuimos hablando cada uno, habló el presidente de la Atcc, Orlando, y explicó cual era el propósito del viaje haciendo entender que no era solamente por saber de la vida de los detenidos, sino que había mas importancia en la charla con ellos.

⁷ En ese tiempo Henry Perez era el jefe del complejo paramilitar de Puerto Boyacá y posiblemente el hombre con mas poder en el Magdalena Medio.

⁸ Los representantes del M-19 estaban negociando acuerdos bilateralesde paz con el grupo de Puerto Boyacá.

Cuando ya tomó la palabra El Zarco⁹ comenzó a hablar refiriéndose a problemas concretos. Hablaba en un tono suave pero su contenido no era suave, el contenido era bastante delicado. Cuando llegamos a tocar el tema de los detenidos él hizo referencia a la forma en que la gente misma se hacía perjudicar. Aunque la intención de las autodefensas no fuera hacerles daño ellos mismos se cavaban su propia fosa. Recuerdo que dijo que cómo era posible que al preguntarle a uno de los detenidos, al que conocía desde hace 15 o 20 años, diera una respuesta diciendo que hacía solo tres días que estaba en la zona, o que hacía tres meses. Que un tipo de esos lo único que merecía era matarlo porque estaba demostrando con esa actitud su participación en hechos sucios.

No era que El Zarco pedía la ejecución, sino que explicaba los hechos por los cuales no merecían sino la muerte. Él decía que algunas personas de los que estaban detenidos habían asesinado a varias personas, otros por la participación directa con la guerrilla pasándolos en las canoas, buscando la facilidad para que la guerrilla se pudiera evadir y otros porque habían ayudado en una forma o en otra a un ataque que le habían hecho a un helicóptero. Entonces él decía que por qué esa gente no estaban unidos a la Atcc si es que verdaderamente eran campesinos nobles, en vez de estar causando daños, facilitándose a la guerrilla que siguiera con sus ataques y sus asesinatos. Pero El Zarco estaba olvidando en ese momento lo que también ellos mismos estaban haciendo, seguir matando y asesinando. Esta discusión con el Zarco fue bastante larga. Yo le respondí que si a estas horas de la vida, en que lo único que había era muertos de lado y lado, seguíamos pensando en cobrar muertos, entonces sería un muerto por otro, la guerra día a día se iría agudizando más y el propósito nuestro no era de agudizar la violencia, por eso no habíamos aceptado armas, sino que buscábamos solución a esta violencia que nos estaba acabando a nosotros mismos.

Al entender que no había esperanza para estos detenidos vi la necesidad de decirle que si lo que íbamos a cobrar eran los muertos y los hechos cometidos en tiempos anteriores, entonces de los que estábamos ahí, no tendríamos derecho a vivir ninguno. Si lo que se está cobrando son malas actitudes del pasado, porque uno directa o indirectamente ha apoyado el desorden no solamente con el hecho de haber cogido un arma o asesinar a alguien sino con su participación y su apoyo a las organizaciones armadas, estaba también colaborando para que estos asesinatos sucedieran, de una forma u otra todos estábamos metidos en este problema. Si él lo que trataba de justificar eran muertes o cobrar muertos, pues entonces aquí en esta reunión no había quien descogiera. Con esta frase que yo dije ya se dio oportunidad para que los miembros que había del M-19 tomaran la palabra. Después de más de una hora de charla detenida por esa diferencia con El Zarco tomaron ellos la palabra y de una vez

⁹ Eduardo Ramirez, alias el Zarco, era un pequeño ganadero de La Corcovada estrecho colaborador de las Farc. Durante años fue uno de los activistas civiles mas destacados de la guerrilla. En 1981 desertó a Puerto Boyacá y se convirtió en un poderoso jefe paramilitar.

dieron el fallo en favor de nosotros, porque ellos entendieron que en la frase que yo había dicho, si íbamos a cobrar los muertos, estábamos todos implicados. Vieron con detalles más claros que en realidad no merecíamos vivir ninguno, que todos habíamos vivido involucrados en un problema de violencia. Lo que dijeron los del M-19 fue que un programa tan claro como el que tenía la Atcc era algo que merecía la pena apoyarlo y que por lo tanto él como representante del M-19 nos apoyaba.

Después de esa intervención, que duró unos veinte minutos, tomó la palabra Henry Pérez. Ahí fue donde Henry Pérez de una vez nos dijo que estaba muy de acuerdo con nosotros, que nos iba a apoyar, que miraba con muy buen optimismo las propuestas y la decisión tomada por nosotros y que de ahora en lo adelante pudiéramos tener la seguridad de que cualquier inconveniente que se presentara lo íbamos a dialogar entre nosotros sin que hubiera represión. Dijo que lo que no descartaban ellos era que una persona que cogieran directamente vinculada con la guerrilla, así fuera campesino, ese tipo sería catalogado como un guerrillero y si lo llegaban a coger vinculado, trabajando con la guerrilla indicaba que no era un campesino sino un guerrillero más.

En esa larga intervención Henry Pérez habló sobre la violencia pasada, recordó que todos éramos campesinos, que todos éramos de la región, que éramos todos hijos de familias sufridas, familias nobles, tan azotadas por el zancudo, por el trabajo tan fuerte, que reconociendo todas estas cosas teníamos en él una persona que con mucho gusto nos iba a apoyar, que no íbamos a tener más problemas por parte de ellos ni de su organización. Su propósito era que en el futuro nos reuniéramos guerrilla, autodefensa y campesinos para dialogar, que esta guerra no tenía razón de ser, que siendo las mismas gentes tanto los unos como los otros nos estuviéramos acabando, que iba a bregar para conseguir acuerdos y buscar la forma de evitar tanto derramamiento de sangre.

Al final nos prometió que como prueba de buena voluntad nos iba a entregar a los detenidos sanos y sanos, pero advirtiéndome que cada cual íbamos a seguir con nuestra filosofía, que no íbamos a vincular nuestro trabajo el uno con el otro. Nos íbamos a respetar las maneras de pensar, no iba a haber exigencia de unión de criterios, que continuaríamos con nuestro trabajo aparte pero sin atropellos del uno hacia el otro. Dijo que si alguno de los grupos de autodefensas nos atropellaba, en vez de ir a poner denuncias a la procuraduría, citáramos a una reunión con ellos y con mucho gusto la aceptaban, que estaban en condiciones de poner solución a cualquier problema que sobreviniera. A pesar de que esos muchachos estaban detenidos para eliminarlos, nos los iban a entregar.

Inmediatamente él los mandó llamar pues estaban detenidos lejos de Puerto Boyacá, en Pizarral. Nos tocó esperar hasta el otro día a las dos o tres de la tarde en que nos los entregaron. Cuando llegaron al pueblo los hicieron bañar, les botaron esos chiros mugrosos que traían, les dieron comida, les dieron un vestido completo, zapatos y ropa y 5.000 pesos a cada uno.

Cuando llegaron estos muchachos nos los presentaron "aquí tienen su gente". La reacción de estos muchachos cuando nos vieron fue, pues, llorar. Resulta que entre los detenidos había algunos que nos consideraban a los de la Asociación como enemigos, como gentes vendidas a los paramilitares. Roy era el único de los detenidos que era amigo nuestro y miembro de la Atcc. El les habló a sus compañeros de detención para que se dieran cuenta de las gentes, a quien ellos insultaban diciéndole "masetos", que se dieran cuenta y observaran con mucha claridad el estilo de unos campesinos como nosotros que lo único que habíamos hecho era disponer de nuestra vida para ir a defenderlos a ellos. Entonces esta gente lloraba al reconocer su crueldad o su error con nosotros, el tratarnos mal a sabiendas de que nosotros habíamos demostrado el gran aprecio que sentíamos por la comunidad.

Hoy, seis años después, Manuel y Roy viven a cientos de kilómetros pero siguen conservando gran aprecio mutuo. Después de los sucesos de Puerto Boyacá, Roy se enroló a trabajar para la Atcc como encargado de la finca experimental que la Asociación levantó en las Bocas del Horta mientras que Manuel siguió dedicado en "tiempo completo" a la pacificación del Magdalena Medio. En mayo de 1995, meses después que Roy emigrara a los Llanos buscando mejores horizontes económicos para su familia, Manuel Serna fue elegido presidente de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare. Hasta ahora (abril, 1997).